

paisano, el cual habia servido de guía á una brigada de caballería inglesa, probablemente la de Vivian, que iba á tomar posicion en el pueblecito de Ohain, á la extrema izquierda. Á las cinco, dos desertores belgas vinieron á decirle que acababan de dejar su regimiento, y que el ejército inglés esperaba la batalla. — *¡ Tanto mejor !* exclamó Napoleón. *Me gustará más volcarlos que rechazarlos.*

Por la mañana, se apeó sobre el lodo, en la barga que forma el ángulo del camino de Plancenoit, hizo que le trajeran de la granja de Rossomme una mesa de cocina y una silla de cabaña, se sentó teniendo por tapiz un haz de heno, y desplegó sobre la mesa el plano del campo de batalla, diciendo á Soult : *¡ Bonito ajedrez !*

Atollados en los lodazales de los caminos, á consecuencia de las lluvias de aquella noche, los convoyes de viveres no habian podido llegar por la mañana; el soldado no habia dormido, se hallaba mojado y en ayunas, lo que no impidió que Napoleón dijera alegremente á Ney : *Tenemos noventa probabilidades sobre ciento.* Á las ocho, trajeron el almuerzo al emperador, quien habia convidado á él á varios generales. Mientras que almorzaban, como refiriesen allí que Wellington se hallaba la antevíspera en Brusélas, en el baile que dió la duquesa de Somerset, Soult, guerrero de modales rudos, con cara de arzobispo, dijo : *El baile será hoy.* El emperador habia bromeado con Ney que le decia : *Wellington no será bastante tonto para esperar á Vuestra Majestad.* Por lo demas, tales eran de ordinario sus maneras. *Le gustaba chancearse,* dice Fleury de Chaboulon. *El fondo de su carácter era un humor jovial,* dice Gourgaud. *Prodigaba las bromas, más extravagantes que chistosas,* dice Benjamin Constant. Estas humoradas de gigante valen la pena de que insistamos en ellas. Él fué quien puso á sus granaderos el apodo de « los gruñidores », y solía pellizcarles las orejas y tirarles de los bigotes. *El emperador se divertía en hacer-*

LIBRO TERCERO

CUMPLIMIENTO

DE LA PROMESA HECHA Á LA MUERTA

I

LA CUESTION DEL AGUA EN MONTFERMEIL

Hállase situado Montfermeil entre Livry y Chelles, en el borde meridional de esa alta meseta que separa al Ourque del Marne. Hoy es un pueblo bastante grande, adornado todo el año de villas de yeso, y los domingos, de *bourgeois* de París solazándose, de buen humor. En 1823, no habia en Montfermeil ni tantas casas blancas ni tantos parisienses satisfechos: no era más que un lugar en medio de los bosques. Es verdad que se encontraban allí, á ciertas distan-

cias, algunas casas de recreo del último siglo, que se distinguían por su aspecto de gran tono, sus balcones de hierro torcido, y esas largas ventanas cuyas vidrieras hacen sobre el blanco de las maderas cerradas todos los matices del color verde; pero no por eso dejaba Montfermeil de ser un lugar. Los comerciantes retirados y los aficionados á veranear no le habían descubierto aún. Era un sitio apacible y delicioso que no se hallaba en camino para ninguna parte; donde se vivía, por poco dinero, esa vida campestre tan abundante y tan fácil. Sólo que el agua era allí rara, á causa de la elevación de la meseta; era menester ir á buscarla bastante lejos. El extremo del pueblo que está del lado de Gagny se proveía de agua en los magníficos estanques que hay en aquellos bosques; el otro extremo, que rodea la iglesia y que está del lado de Chelles, no hallaba agua potable sino en un pequeño manantial situado á la mitad de la costa, cerca del camino de Chelles, y como á un cuarto de hora de Montfermeil.

Por consiguiente era allí una tarea bastante ruda para cada casa esta provision de agua. Las casas grandes, la aristocracia, el bodegon Thénardier, que formaban parte de aquel extremo, pagaban un ochavo el cubo de agua á un buen hombre destinado á este oficio y que ganaba en su empresa de las aguas de Montfermeil unos ocho sueldos diarios; pero aquel buen hombre no trabajaba sino hasta las siete de la tarde en verano, y hasta las cinco en invierno; y una vez llegada la noche, una vez cerradas las ventanas de los pisos bajos, el que no tenía agua que beber, iba á buscarla ó se pasaba sin ella.

Esto era lo que mayor terror causaba á aquella pobre criatura á quien tal vez no ha olvidado el lector, la niña Coseta. Se recordará que Coseta era útil á los Thénardier de dos maneras, pues á la vez que se hacían pagar por la madre, se hacían servir por la hija. Así que cuando la

madre dejó enteramente de pagar, y en los capítulos anteriores hemos visto por qué, los Thénardier conservaron sin embargo á Coseta. Ella les hacía las veces de una criada. En calidad de tal, ella era la que corría á buscar el agua cuando hacía falta. Por eso la niña, muy asustada ante la idea de ir de noche á la fuente, tenía gran cuidado de que el agua no faltase nunca en casa.

La fiesta de Navidad del año de 1823 fué particularmente muy brillante en Montfermeil. El principio del invierno había sido templado; aún no había habido hielos ni nieves. Unos titiriteros venidos de París habían conseguido del señor alcalde permiso para instalar sus barracas en la calle mayor del pueblo, y una banda de mercaderes ambulantes, disfrutando de la misma tolerancia, había construido sus tiendas improvisadas en la plaza de la iglesia y hasta en la callejuela del Panadero, donde se hallaba situada, según podrá tal vez recordar el lector, la posada de los Thénardier. Con tal motivo, los mesones y las tabernas del lugar sellenaban, comunicando á aquella pequeña población una vida ruidosa y alegre. Para ser fieles historiadores, debemos añadir que entre las curiosidades que se mostraban en la plaza, había también una pequeña casa de fieras, en que horribles payasos, vestidos de harapos y venidos no se sabe de dónde, enseñaban en 1823 á los habitantes de Montfermeil uno de esos espantosos buitres del Brasil que nuestro Museo real no posee sino desde 1845, y que llevan, en vez de ojos, una escarapela tricolor. Los naturalistas llaman á este pájaro, según creo, Caracara Polyborus; pertenece al orden de los apícides y á la familia de los buitrinos. Algunos honrados veteranos bonapartistas, retirados en aquel lugar, iban á ver este pajarraco con la mayor devoción. Los volatineros presentaban la escarapela tricolor como un fenómeno único y hecho expresamente por Dios para su colección de fieras.

En la misma noche de Navidad, hallábanse varios hombres, carreteros y buhoneros, sentados á la mesa y bebiendo, al rededor de cuatro ó cinco velas de sebo, en la sala baja de la posada Thénardier. Esta pieza se parecia á todas las salas de taberna; mesas, colodras de estaño, botellas, bebedores, fumadores; poca luz, mucho ruido. La fecha del año 1823 hallábase sin embargo indicada por los dos objetos que estaban entónces á la moda en la clase média, los cuales se hallaban sobre una mesa, á saber, un caleidoscopo y una lámpara de hoja de lata moaré. La Thénardier cuidaba de la cena que estaba asándose ante una lumbre fuerte, que esparcía grande claridad; el marido, Thénardier, bebía con sus huéspedes y les hablaba de política.

Ademas de estas conversaciones políticas, que tenían por objeto favorito la guerra de España y el señor duque de Angulema, oíase también entre aquella confusión algun que otro paréntesis local, por el estilo de estos:

— Por el lado de Nanterre y de Suresne, el vino ha sido abundante este año. Donde creían recoger diez piezas, han tenido doce. Los lagares han sudado jugo de lo lindo. — ¿Pero la uva no debía estar madura? — En aquellas tierras no conviene vendimiar maduro, porque entónces el vino se agría en cuanto llega la primavera. — ¿Entónces no son vinos fuertes aquellos? — Son ménos fuertes aún que por aquí. Es preciso vendimiar en agraz.

Etc.

Ó bien, era un molinero que exclamaba:

— ¿Podemos nosotros por ventura ser responsables de lo que hay en los sacos? Encontramos allí un monton de semillas y granos diferentes que no podemos entretenernos en limpiar, y es menester que los dejemos pasar bajo las piedras; tales como la zizaña ó joyo, la luciola, la neguilla, la arveja, el cañamon, y otra multitud de drogas,

sin contar con los guijarros que abundan en ciertos trigos, sobre todo en los trigos bretones. Yo no soy aficionado á moler trigo breton, como los aserradores no gustan tampoco aserrar vigas donde se encuentran clavos. Ya ven ustedes el mal polvo que eso da en la maquila. Y luégo se quejan de la harina. Hacen mal en quejarse. Nosotros no tenemos la culpa.

En el espacio que dejaban dos ventanas, un segador que se hallaba sentado á una mesa con un amo que le estaba ajustando para un trabajo de prados que habia de hacerse en la primavera, decia:

— No le hace que la yerba esté mojada; pues así se corta mejor. El rocío es bueno, mi amo. De todos modos, aquella yerba, la yerba de usted, es todavía pequeña y muy difícil de cortar. Siendo así tan tierna, se dobla en cuanto siente el hierro encima.

Etc.... —

Coseta se hallaba en su puesto ordinario, sentada en el travesaño de la mesa de cocina junto á la chimenea: su ropita eran trapos, sus piés desnudos y en zuecos, y estaba haciendo medias de lana, al resplandor de la lumbre, destinadas para las hijas de Thénardier. Un gato muy jóven estaba jugando debajo de las sillas. En un cuartito inmediato, oíase reír y conversar dos voces frescas y agradables, como de niñas; eran Eponina y Azelma.

En el rincón de la chimenea, habia un zurriago colgado de un clavo.

De vez en cuando penetraban, aún en medio del ruido de la taberna, los gritos de una criatura pequeña que se hallaba sin duda en alguna pieza de la casa. Era un niño que la Thénardier habia tenido en uno de los inviernos anteriores. — « sin saber por qué, decia ella: efecto del frío, » — que tenía algo más de tres años. La madre le habia criado, pero no le queria. Cuando los gritos deses-

perados del pequeñuelo se hacian ya importunos: — Tu hijo está chillando, decía Thénardier, anda á ver qué es lo que quiere. — ¡Bah! respondia la madre, me fastidia. — Y el pobre chico abandonado continuaba gritando en las tinieblas.

II

DOS RETRATOS ACABADOS

Todavía no se ha visto en este libro á los Thénardier sino de perfil; ha llegado el momento oportuno de dar una vuelta en derredor de esta pareja, y mirarla bajo todas sus fases.

Thénardier acababa de cumplir sus cincuenta años; ella rayaba en los cuarenta, que es la cincuentena de las mujeres; de modo que habia equilibrio de edades entre mujer y marido.

Desde su primera aparicion, han conservado tal vez los lectores alguna memoria de esta Thénardier, alta, rubia, encarnadota, gruesa, musculosa, cuadrada, enorme y ágil; segun hemos dicho ya, pertenecia á la raza de esas mujeres colosos y salvajes que suelen combarse en las ferias con adoquines colgados de sus trenzas. Ella era quien lo hacia todo en el meson, las camas, el barrido, la legía, la cocina,

la lluvia, el buen tiempo, el diablo. Por todo criado tenía únicamente á Coseta, (s decir, un raton al servicio de un elefante. Al bramar de su voz todo temblaba, las vidrieras, los muebles y las gentes. Su ancha caraza, acribillada de pecas, presentaba el aspecto de una espumadera. Tenía barba. Era el ideal de un gañan vestido de mujer. Echaba cada taco como un carretero. Se preciaba de romper una nuez de un puñetazo. Sin las novelas que había leído, y que á veces hacían reaparecer, de un modo bien singular y ridículo, á la remilgada al traves de la ogresa, jamás habría ocurrido á nadie la idea de decir de ella :

— Es una mujer. Esta Thénardier era como el producto delingerto de una damisela en una rabanera. Al oirla hablar, decían : Es un gendarme; al verla beber : Es un carretero; al verla maltratar á Coseta : Es el verdugo. Cuando estaba tranquila, le salía de la boca un diente.

Thénardier era un hombre pequeño, flacucho, pálido, anguloso, huesoso, miserable, que tenía trazas de enfermo, con muy buena salud, empezando por aquí su bellaquería. Tenía la costumbre de sonreír, por precaucion, y se mostraba muy atento casi con todo el mundo, hasta con el mendigo á quien negaba un ochavo; con la mirada de un huor y la cara de un poetastro. Se asemejaba mucho á los retratos del abate Delille. Su mayor gala consistía en beber con los carreteros. Nadie había podido embriagarle nunca. Fumaba en una pipa gruesa. Llevaba una blusa, y debajo de ella, un frac negro viejo. Tenía pretensiones á la literatura y al materialismo. Había nombres que él pronunciaba á menudo, en apoyo de las cosas que solía decir, tales como Voltaire, Raynal, Parny, y, cosa singular, san Agustín. Afirmaba tener « un sistema ». Por lo demas, era muy ratero. Un *filousofo*¹. Esta variedad existe. Recor-

1. De *filou*, ladronzuelo, por *fil'sofo*.

dará el lector sin duda que él suponía haber servido; refería con cierto énfasis que en Waterloo, siendo sargento en un 6.º ó 9.º de ligeros cualquiera, había cubierto con su cuerpo, él solo contra un escuadron de húsares de la Muerte, y salvado en medio de una lluvia de metralla á « un general peligrosamente herido. » De este hecho provenía, para la puerta de su casa, la ostentosa y brillante muestra, y para su posada, en todo aquel país, el bien conocido nombre de « el meson del sargento de Waterloo. » Era liberal, clásico y bonapartista. Había suscrito para el campo de Asilo. En el pueblo decían que había estudiado para la iglesia.

Nosotros creemos que había estudiado buenamente en Holanda para ser posadero. Aquel truhan del órden compuesto era, segun todas las probabilidades, algun flamenco de Lila en Flándes, frances en Paris, belga en Bruselas, cómodamente instalado á caballo sobre ambas fronteras. Su proeza de Waterloo, la conocemos ya. Segun se ve, él la exageraba un poco. El flujo y reflujo, el meandro, la aventura, eran el elemento de su existencia; conciencia desgarrada supone vida descompuesta; y es verosímil que, en la borrascosa época del 18 de Junio de 1815, Thénardier pertenecía á esa variedad de cantineros merodeadores de quienes hemos hablado, que van batiendo la campaña, vendiendo á estos, robando á aquellos, y rodando en familia, hombre, mujer é hijos, en una especie de tartana coja, á la cola de las tropas en marcha, con el instinto de agregarse despues siempre al ejército victorioso. Concluida aquella campaña, y teniendo, como él decía, « cum quibus, » había venido á establecer un meson-bodega en Montfermeil.

Este « cum quibus » compuesto de las bolsas y de los relojes, de las sortijas de oro y de las cruces de plata que cosechó en la época de la siega en los surcos sembrados

de cadáveres, no constituía sin embargo una suma muy fuerte, ni pudo por lo tanto llevar en buen tren por mucho tiempo á aquel vivandero transformado en posadero.

Thénardier tenía en el gesto ese no sé qué de rectilíneo que, echando un taco, recuerda el cuartel, y santiguándose, el seminario. Era decidior. Gustaba que le tuvieran por sabio. Sin embargo, el maestro de escuela había observado que solía cometer sus barbarismos y solecismos. Él era quien escribía, con alta superioridad, la nota para el pago de los viajeros; pero una vista ejercitada no dejaba de encontrar á veces algunas faltas de ortografía. Thénardier era socarron, goloso, holgazán y sagaz. No desdenaba á sus criadas, razón por la cual su mujer no tenía ya ninguna. Aquella gigante era celosa. Se le figuraba que todas la envidiarían la posesión de aquel hombrecillo flaco y descolorido.

Thénardier, hombre de astucia y de equilibrio sobre todo, era un bellaco del género templado, que es la peor de todas las bellaquerías, porque lleva á la hipocresía por compañera inseparable.

Esto no quiere decir que Thénardier no fuese, en ciertas ocasiones, susceptible de ira, á lo ménos tanto como su mujer; pero esto era muy raro, y en tales momentos, como él aborrecía al género humano entero; como contenía en sí una profunda hornaza de odio; como era de esas gentes que se vengan perpetuamente, que acusan todo cuanto sucede en su presencia, y que están siempre dispuestas á lanzar sobre el primero que pasa, como legítimo agravio, el total de las decepciones, de las bancarotas y de las calamidades de su vida; como toda esta levadura se sublevaba en él y le hervía en la boca y en los ojos, estaba espantoso. ¡ Desgraciado del que entonces tenía que sufrir los efectos de su furor!

Además de todas estas cualidades, Thénardier era

atento y penetrante, silencioso ó hablador, según las ocasiones, y siempre de una alta perspicacia. Tenía algo de la mirada del marino habituado á guiar los ojos al hacer uso del antejo de larga vista. Thénardier era todo un hombre de Estado.

Cuantos entraban por primera vez en su bodegón, decían al ver á la Thénardier: Hé ahí el amo de la casa. Se engañaban. Ni siquiera era ella el ama. El amo y el ama á la vez era el marido. Ella ejecutaba, él creaba. Él era quien lo dirigía todo, por una especie de acción magnética invisible y continua. Una sola palabra le bastaba, á veces una seña; y el mastodonte obedecía. Sin que ella se apercibiese, el Thénardier era para la Thénardier una especie de sér particular y soberano. Ella poseía las virtudes propias de su condición, de su modo de ser; aun cuando se hubiera hallado en dissentimiento, sobre un detalle cualquiera, con « el señor Thénardier, » hipótesis que, por lo demás, es inadmisibile, jamás habría llevado ella la contraría á su marido de un modo ostensible, sobre cualquiera cosa que fuese. Nunca habría cometido « delante de extraños » esa falta que cometen con tanta frecuencia las mujeres, y que se llama en lenguaje parlamentario: poner en descubierto á la corona. Aunque su mutuo acuerdo no tuviese por resultado sino el mal, había cierta contemplación en la sumisión de la Thénardier á su marido. Aquella montaña de ruido y de carne se movía bajo el impulso de un dedo de aquel frágil déspota. Síntoma que significaba, vista por su lado baladí y grotesco, esta gran cosa universal: la adoración de la materia por el espíritu; pues ciertas deformidades tienen su razón de ser en las mismas profundidades de la belleza eterna. Había en Thénardier algo desconocido; de aquí el imperio absoluto de aquel hombre en aquella mujer. En ciertos momentos, veíale ella como una vela encendida; en otros sentíale como una garra.

Aquella mujer era una criatura formidable que no amaba sino á sus hijos y no temia sino á su marido. Era madre porque era mamífera. Por lo demas, su maternidad se limitaba á sus hijas, y, como se verá más adelante, no alcanzaba á los varones. En cuanto á él, el hombre, no abrigaba sino un solo pensamiento: enriquecerse.

No lo conseguia, sin embargo. Faltaba un digno teatro á aquel gran talento. Thénardier en Montfermeil se arruinaba, si la ruina es posible en cero; en Suiza ó en los Pirineos, aquel hombre sin ochavo se habria hecho millonario. Pero el posadero necesita pacer allí en donde le ha clavado el destino.

Entiéndase que la palabra *posadero* está aquí empleada en un sentido estricto, y que no se extiende á toda una clase.

En aquel mismo año de 1823, Thénardier se hallaba entrampado en unos mil quinientos francos, de deudas de tienda, de zapatero, de sastre, de botica, etc., pues todo se le hacia servir fiado. Esto le daba que cavilar bastante.

Como quiera que procediese con él la tenaz injusticia del destino, Thénardier era uno de los hombres que comprendian mejor, con mayor profundidad y más á la moderna, esa cosa que es una virtud entre los pueblos bárbaros y una mercancía en los países civilizados, la hospitalidad. Por lo demas, era un admirable cazador furtivo, muy afamado por su diestra puntería. Tenía cierta risita fria y apacible, singularmente peligrosa.

Sus teorías de posadero centelleaban á veces en él como relámpagos. Tenía sus aforismos profesionales que grababa en la mente de su mujer. — « El deber del posadero, la decia un día en voz baja pero en tono violento, es el vender, al primero que llegue, guisado, descanso, luz, lumbre, sábanas sucias, criada, pulgas, y una sonrisa; detener á todo pasajero, vaciar los bolsillos pequeños y aligerar bu-

namente los grandes; acoger con respeto á la familias que van de camino, rapar al hombre, desplumar á la mujer, mondar al niño; cotizar la ventana abierta, la ventana cerrada, el rincon de la chimenea, el sillón, la silla, el taburete, el banco, la almohada de pluma, el colchon y el haz de paja; saber cuánto desgasta la sombra al espejo, y tasar esto tambien, y por todos los diablos del infierno, hacerlo pagar todo al viajero, ¡ hasta las moscas que coma su perro! »

Aquel hombre y aquella mujer eran artificio y rabia en infernal consorcio; horrible y terrible pareja.

Mientras que el marido rumiaba y combinaba, ella, la Thénardier, no pensaba en los acreedores ausentes, no se cuidaba de ayer ni de mañana, y vivia arrebatada y concretándose sólo al minuto presente.

Tales eran estos dos seres. Coseta se hallaba entre ellos, sufriendo su doble presión, como una criatura que fuese á la vez aplastada por una piedra de molino y martirizada con unas tenazas. Hombre y mujer cada cual tenía una manera diferente; Coseta estaba molida á golpes; esto provenia de la mujer; iba descalza en invierno; esto la venía del marido.

Coseta subía, bajaba, lavaba, cepillaba, frotaba los suelos; barria, corria, trepaba, jadeaba, levantaba objetos pesados, y con ser tan diminuta, ella era la que hacia las más rudas faenas de la casa. No habia compasión para aquella criatura; un ama feroz y un amo venenoso. El bodegon Thénardier era como una telaraña en la cual se hallaba ella aprehendida y temblando. El ideal de la opresión estaba realizado en aquella siniestra domesticidad. Era como una mosca puesta al servicio de las arañas.

La pobre niña, pasiva, callaba.

Cuando se encuentran así, desde el alba de la vida, tan pequeñas, y enteramente desnudas, entre los hombres, ¿ qué es lo que pasa en esas almas que acaban de dejar á Dios?



III

VINO PARA LOS HOMBRES Y AGUA PARA LAS BESTIAS

Habian llegado cuatro nuevos viajeros.

Coseta estaba cavilando tristemente; pues aunque no tenia más que ocho años, habia sufrido ya tanto, que cavilaba con el lúgubre ademan de una vieja.

Tenia un párpado negro, de un puñetazo que la habia dado la Thénardier, lo que hacía decir á esta con frecuencia: ¡Qué fea está con su cardenal en el ojo!

Coseta estaba pensando en que era ya de noche, muy de noche, que habia sido necesario llenar de improviso los jarros y las garrapas en los cuartos de los viajeros que acababan de llegar, y que ya no quedaba agua en la tinaja.

Lo que la tranquilizaba algo, es que no se bebía mucha agua en casa de Thénardier. Es verdad que no faltaban allí gentes que tenían sed; pero era de esa sed que se apaga mejor con la colodra que con el cántaro. El que hubiese

pedido un vaso de agua entre aquellos vasos de vino, habria parecido un salvaje á todos aquellos hombres. Hubo sin embargo un momento en que la niña tembló; la Thénardier levantó la tapadera de una cacerola que estaba hirviendo á la lumbre, despues tomó un vaso, se acercó vivamente á la tinaja, y la destapó; la niña habia levantado la cabeza y seguía todos sus movimientos. Apénas quedaba en el fondo con qué llenar medio vaso de agua — ¡Toma! dijo, ¡ya no hay agua! En seguida guardó un momento de silencio. La niña no respiraba.

— Vaya, añadió la Thénardier examinando el vaso medio lleno, con esto habrá bastante.

Coseta volvió á ponerse á trabajar, pero durante más de un cuarto de hora sintió que el corazon le daba fuertes latidos en el pecho.

Contaba los minutos que se iban así deslizandó, y habria querido hallarse ya en la mañana siguiente.

De vez en cuando, uno de los bebedores miraba á la calle y exclamaba: — ¡Está oscuro como boca de lobo! — ó bien: — ¡Es menester ser gato para ir por la calle sin farol á estas horas!

Y Coseta temblaba.

De repente, uno de los buhoneros alojados en la posada, entró y dijo con voz ruda:

— ¡No han dado de beber á mi caballo!

— Sí tal, dijo la Thénardier.

— Yo le digo á usted que no, patrona, replicó el mercader.

Coseta habia salido de debajo de la mesa.

— ¡Oh! sí, señor, dijo, el caballo ha bebido, bebió en el cubo, que estaba lleno; yo fui quien le dió de beber, y le hablé.

Esto no era cierto. Coseta mentía.

— Hé ahí una chicuela que abulta tantó como mi puño

y echa cada bola tan gorda como esta casa, dijo el buhonero. Yo te digo que no ha bebido, bribonzuela! Tiene él una manera de resoplar, cuando no ha bebido, que yo conozco muy bien.

Coseta insistió, y añadió con voz temblorosa y ahogada por la angustia, que apenas se dejaba oír :

— ¡Y más, que bebió mucho!

— Vamos, repuso el mercader con ira, no hablemos más de eso; que den de beber á mi caballo, y acabemos!

Coseta volvió á meterse debajo de la mesa.

— Eso es muy justo, dijo la Thénardier, si esa bestia no ha bebido, es preciso que beba.

Y en seguida, mirando al rededor de ella :

— Ea bien, dijo, ¿dónde está esa otra?

Se agachó, y descubrió á Coseta acurrucada al otro extremo de la mesa, casi bajo los piés de los bebedores.

— ¡Vamos, vendrás tú! gritó la Thénardier.

Coseta salió de la especie de agujero en que se habia escondido. La Thénardier añadió :

— Señorita Perro-sin-nombre, anda pronto á dar de beber á ese caballo.

— Pero, señora, dijo Coseta con voz débil, es que no hay agua.

La Thénardier abrió de par en par la puerta de la calle, y la dijo :

— ¡Pues bien, anda, ve por ella!

Coseta bajó la cabeza, y fué á tomar un cubo vacío que estaba en el rincon de la chimenea.

Apuel cubo era más grande que ella, y la niña habria podido sentarse dentro de él cómodamente.

La Thénardier se volvió á su fogon y se puso á probar lo que estaba en la cacerola mientras que refunfuñaba :

— La hay en la fuente; no hay más que ir á buscar. Yo creo que habria hecho mejor en quitar las cebollas.

En seguida rebuscó en un cajon donde habia sueldos, pimienta y ajos :

— Toma tú, mal bicho, añadió, al volver, comprarás un pan grande en la tahona. Aquí tienes quince sueldos.

Coseta tenía un bolsillito al lado en su delantal, cogió el dinero sin decir palabra y se lo metió en aquel bolsillo.

Despues quedó inmóvil, con el cubo en la mano, y mirando hácia la puerta. Parecia como que esperaba que vieran en su socorro :

— ¡Anda ve! gritó la Thénardier.

*Coseta salió, y la puerta volvió á cerrarse.